

1) Tratar de evitar el yo obsesivo, “que solo son expresiones personales del propio creador de las propias pasiones”.

2) Buen uso de la terminología. “El concepto de creador está exagerado. Dios es el único creador. Una obra no es una creación, yo hablaría más de “desvelar”, ya que “crear” según la RAE es hacer algo a partir de cero (...) Ese juego de cambio de la realidad. El juego del teatro. No utilizo el término trabajar en el teatro, sino jugar”

3) Defenderse de la modernidad. “Somos modernos porque estamos viviendo en esta época. Estos términos, enormemente equívocos, existen en todas las artes (teatro de vanguardia, pintor contemporáneo...). Este complejo de modernidad es enormemente arriesgado porque los artistas creen que hay que romper. Los códigos de comprensión han desaparecido”.

4) El arte es básicamente la poesía. “No poesía

como lo que está cerrado en un libro. La poesía es conseguir que un actor sin nada, es un escenario desnudo, nos traslade sensaciones, sentimientos variados..., cambiando de época, de tiempo”.

5) “Esa idea de que todo es fantasía, no me gusta, me cuesta. Me interesa mucho más la realidad, la realidad es insuperable”

6) Tratar de fomentar enemigos. “Lo digo irónicamente, pero es así. Hay que trabajar con libertad; parece fácil de tener pero es muy complicado que el artista se sienta libre, uno siempre está condicionado”.

Con algunas de estas cosas podemos hacer terapia, conseguir que el espectador sienta que sucede algo en su interior. Una buena interpretación de Beethoven hace que algo dentro nuestro se remueva, nos emocione... Cuando algo nos impresiona, nos sentimos renovados. El arte es lo que más nos acerca a lo intangible.

Santiago Moncada

“El espectador como cómplice”

El 13 de noviembre tomaba la palabra, dentro del Ciclo “El teatro, hoy”, el escritor, dramaturgo y guionista español Santiago Moncada. Tras las palabras de bienvenida de Mariano Turiel de Castro, la presentación del ponente estuvo a cargo de Concepción García-Polledo, filóloga, Vocal de la Junta Directiva del Casino de Madrid, y coordinadora del Ciclo de conferencias.

“Quiero anticiparles que no soy buen orador, —dijo Moncada para iniciar su ponencia— así que para que esto me salga bien, quiero pensar que soy un actor que está haciendo un monólogo. Haré lo que pueda. Me parece más honesto y amistoso tener una charla con ustedes que leer, pero me he traído una chuleta. Sólo los políticos son capaces de hablar durante horas de nada... Afortunadamente no soy político”. Santiago Moncada, continuó recordando el año 1960 cuando se representaba su primera obra, que había obtenido el Premio Calderón de la Barca, en el Teatro María Guerrero. “Los Premios son sistemáticamente pateados. Escuchar el sonido de unos zapatos golpeando el suelo es terrible. Lo único que recuerdo bueno de aquel estreno es ver a Edgar Neville puesto en pie aplaudiéndome. Se lo agradeceré siempre. Aquel pateo no me hundió, pero sí me echó tierra encima”.

“Desde la adolescencia tuve el privilegio de meterme en el teatro” —comentó el conferenciante,



y recordó a grandes autores como Jardiel Poncela, Benavente, Pemán, Neville... “Había compañías fijas, estables, que hacían giras larguísimas. Eso se ha acabado. Con más de medio siglo sobre mis espaldas en la profesión, he asistido a una gran evolución del teatro; ha mejorado una barbaridad en temas técnicos, en escenografía... ha evolucionado para mejorar”.

Moncada hizo también alusión a los nuevos autores, afirmando que “las nuevas generaciones han perdido el pulso para escribir teatro. En el cine no pasa. En el horizonte teatral no se vislumbra ningún autor joven (...) La literatura ha

“El teatro necesita a jóvenes con mucho talento que sepan arrastrar al público a los tiempos antiguos, para evitar el tsunami de mal gusto que nos invade”.

“He tenido la suerte de contar siempre con repertorios excepcionales; los mejores actores y actrices han mejorado mis diálogos con su actitud”.



desaparecido de los escenarios; antes se leían párrafos maravillosos... Shakespeare tendría poco que hacer ahora. En los escenarios actuales se ha perdido la elegancia y el buen gusto. Antes vivían en un mundo más ficticio, ahora es más real. (...) El teatro necesita a un par de jóvenes con mucho talento que sepan arrastrar al público a los tiempos antiguos, para evitar el tsunami de mal gusto que nos invade. Hay que luchar contra ello”.

“Hará unos 30 o 40 años, conocí en Miami a un guionista norteamericano que había escrito un guión: “El Golpe”. Le puso precio fijo, y nadie se lo compraba. Gracias a Paul Newman y Robert Redford, que finalmente la compraron, el proyecto salió adelante y mi amigo guionista recibió 400.000 dólares de la época. Eso le permitió abordar su segundo guión con absoluta tranquilidad. Cuando le conté que, ya entonces, había escrito 20 guiones se imaginó que sería multimillonario... nada más lejos de la realidad, claro”.

El dramaturgo siguió recordando sus noches de estreno. “El segundo estreno no lo patearon. El tercero, «Juegos de medianoche» estuvo dos años en cartel. Fue, sin duda, mi mejor éxito”, y quiso recordar a grandes actores ya desaparecidos como Aurora Redondo y Mari Carmen Prendes, actrices principales de aquella obra. ... “Fue la ovación y la carcajada más rápida que ha habido en una noche de estreno, tras levantarse el telón”. A “Juegos de medianoche” le siguió “La muchacha sin retorno”, “que estuvo dos años sorteando la censura. El jefe de los censores me dijo que mejor me fuera a Francia”.

“Hay un fenómeno extraño en el teatro: el hilo invisible que une al autor y a los espectadores. El autor presente lo que está ocurriendo en el pa-

tio de butacas; sabe si un silencio es bueno, por la emoción, o si es un silencio por aburrimiento. El autor se introduce en la piel del espectador y puede sentir lo que siente el espectador”. Moncada dijo también que el autor teatral debía regirse por 10 mandamientos: “1. No aburrir 2. No aburrir 3. No aburrir... En todo espectáculo existe el peligro del contagio, el aburrimiento es como una epidemia; repescar a un espectador aburrido es casi imposible”.

Santiago Moncada volvió a hacer referencia a grandes actores de la escena española: “He tenido la suerte de contar siempre con repertorios excepcionales; los mejores actores y actrices han mejorado mis diálogos con su actitud. Jesús Puente, Alberto Closas, Juanjo Menéndez, Julia Gutiérrez Caba, Amparo Ribelles (...) Un repertorio bien escogido es absolutamente imprescindible para el éxito de una comedia. Escribí «Juegos de medianoche» para Irene y Julia Gutiérrez Caba, y Amparo Baró, pues las tres estaban disponibles”.

Para terminar su exquisita intervención, Moncada hizo referencia al inexorable paso del tiempo “que es una jugarreta de la naturaleza y quizás enriquezca al vino, pero estropea todo lo demás”. El autor debe adaptarse al paso del tiempo, “si no lo tendrá todo perdido. El autor de más de 60 años tiene que luchar contra la creencia de que está acabado. Si Dostoyevski hubiera cedido, no hubiéramos podido disfrutar de «Los hermanos Karamazov»”.

“Podría haberlo hecho mejor, he viajado por el mundo entero, he tenido una vida muy rica, no me puedo quejar. Vivan intensamente, no teman equivocarse. Sean promotores de su propia vida. Si tropiezan y caen, vuelvan a levantarse”.